

El nivel de vida

El concepto vulgar de nivel de vida coincide plenamente con el económico. Por ello, cuando el logro de la elevación del mismo forma parte de un programa político—hoy imprescindible objetivo de todos los países—hasta el más lerdo sabe lo que significa.

De una manera un poco abstracta o teórica, vamos a ver los elementos que intervienen e influyen en ese nivel, que no es otra cosa que la capacidad de consumo del individuo. La cantidad de bienes que se ponen a la disposición de una comunidad no es ilimitada, ni dependen de la voluntad exclusiva del hombre; clima, riqueza del suelo o subsuelo, técnica, etc. hacen variar su número y sus posibilidades. Por otro lado, el crecimiento demográfico plantea el problema de que o los bienes aumentan siquiera sea en la misma proporción que la población nueva, o la ración individual disminuye al ser distribuida entre mayor contingente humano, mermando, como es natural, la satisfacción de sus necesidades. Es preciso, pues, para que un progresivo y ascendente nivel de vida tenga lugar, que los bienes crezcan a un ritmo más acelerado que la masa consumidora.

Sin embargo, como ya se ha dicho, no siempre es factible llevar a cabo el incremento productivo, bien por el agotamiento de materias básicas, bien por la escasez o dificultades de obtención de otras, bien por causas de índole técnica en los procesos de transformación, para los que no pueden ser improvisados ni el utillaje ni las instalaciones precisas.

En estos casos hay que adquirir aquello de lo que se carece para, mediante un mayor rendimiento de la riqueza propia en explotación o la puesta en marcha de la no beneficiada, compensar tal adquisición y obtener un excedente destinado a mejorar la situación de la colectividad.

Pero, esto, solo se consigue mediante la ayuda exterior, o con un esfuerzo más intenso en el trabajo y una austeridad en lo no esencial, que cree un ahorro de capital suficiente. De ahí la frase célebre y típicamente inglesa de «apretarse el cinturón». El poner en circulación nuevas cantidades de dinero, no resuelven el problema sino que lo agravan, incitando a la acción especulativa.

Pero no solo una producción deficiente influye en el bienestar económico; también una anormal productividad que acumule sobrantes no consumidos, es perjudicial, pues provoca crisis, como la americana de hace algún tiempo, con el desempleo consiguiente y el desbarajuste de toda la actividad social. Ha de existir, para una estabilidad del nivel de vida en consonancia con la capacidad de un país, un equilibrio dinámico entre consumo y producción, entre bienes y poder adquisitivo.

En España estamos ahora en la más propicia coyuntura para alcanzar esa meta deseada de un nivel más alto de

Pasa a la tercera página

El nivel de vida

Viene de la primera página
vida. Es necesario, puesto que poseemos una riqueza natural susceptible de incrementar en no escasa medida la producción, efectuar nuevas instalaciones industriales que nos liberen de una supeditación a la agricultura, y mejorar las ya existentes, con objeto de que un empleo permanente de mano de obra mantenga, con la ampliación del consumo, el equilibrio necesario para que el índice multiplicador de bienestar sea positivo y real.

Para ello debe tenerse muy en cuenta, en toda creación de nuevas empresas, que en sus planes de producción ha de tenderse a una reducción de costes o, lo que es lo mismo, a una mayor potencia de trabajo de cada uno de sus factores y elementos, puesto que, de otra forma, sus productos serían inasequibles a la demanda y estaría, lógicamente, condenada a un rotundo fracaso.

Miguel Molina.

Lucena 21 de agosto de 1960